

lance. El asistente de la ciudad le advirtió de las consecuencias de su acción y regresó a Cádiz donde tuvo que pasar unos días en prisión por su aventura.

En Madrid en una representación teatral a la que el Barón asistía, hicieron mofa de Navarra en una obra de Gracián, en la que se decía que "Navarra más tenía de corta que de Corte". El público celebró la gracia y Redín, picado en su amor propio, saltó al escenario y espada en mano defendiendo el nombre de Navarra, amenazó a los cómicos y retó al público a batirse con él.

Lego Capuchino

En 1637 desfilaba por la Puerta del Sol madrileña la princesa Carignano, esposa del príncipe Tomás de Saboya, considerado traidor en el concepto de la época. El pueblo al verla armó una trifulca con su séquito, Redín salió, en gesto caballeresco, a defenderla y en el transcurso de la reyerta una piedra golpeó violentamente su cabeza y perdió el sentido, quedando tendido en el suelo sin dar señales de vida. En los días siguientes fue tomando consciencia y al sentirse al borde de la muerte encontró consuelo en los consejos de un monje capuchino de San Antonio del Prado.

A sus 40 años, después de haber cumplido con su deber sirviendo a la patria en las acciones militares encomendadas, y quizás cansado de tanta aventura y de aquella vida de pendencias y sobresaltos que llevaba, decidió buscar la paz espiritual e ingresó en un convento, siendo admitido en la Orden Capuchina de Tarazona el día 26 de junio del año de 1637, tomando el nombre de fray Francisco de Pamplona.

En su nuevo estatus se comportó muy dignamente, era muy devoto y cumplía a rajatabla las disciplinas de la orden. Pero "donde hubo fuego siempre quedaron cenizas". Tanto de su vida militar como de la



Mapa de los viajes de Fray Francisco.

evangélica, se comentan hechos que rayan lo legendario, pero dado su fuerte carácter y su forma de solucionar los problemas, a estas posibles leyendas se le pueden dar visos de realidad.

Misiones en África y América

En 1645 embarcó en Sanlúcar de Barrameda con dirección al Congo. Durante el viaje fueron atacados por un barco genovés. El Capitán del barco solicitó al monje Redín que le ayudara con la defensa y éste tomó espada, casco y coraza y organizó un engaño simulando que se encontraban en el barco cuando realmente se marchaban en las chalupas y así pudieron desembarcar sin ser atacados.

Ya en el Congo tuvo mucho éxito la misión, pero era demasiada la magnitud para sólo doce monjes capuchinos. Le enviaron a Redín junto con otro monje de regreso a España con el fin de informar a sus superiores y solicitarles más ayuda para la evangelización. Consiguieron en España que llovieran los voluntarios para ir a las misiones y Redín tuvo que trasladarse a Roma a petición del Santo Padre. En Roma Inocencio X le ofreció el capelo cardenalicio y el generalato de la flota pontificia, pero Redín le contestó "Santísimo Padre, soy un pecador de natural altivo y soberbio; si vuestra Santidad no me ayuda a ser humilde me perderé sin remedio". El Papa, replicó "¿Tan altivo sois o lo decís por humildad?" a lo que el misionero adujo "Soy tal, que ni la misma tiara de san Pedro estaría segura en vuestra cabeza, a causa de mi soberbia". Inocencio X ya no insistió más.



Reunión con el Papa Inocencio X. Imagen de Zaragüeta.

Este clérigo, que tan bien conocía el área del Caribe por su destino en los barcos que perseguían la piratería, a partir de 1650 fue uno de los grandes impulsores de las misiones en Colombia y Venezuela. Abrió misiones en Cumaná, Los llanos de Caracas, Maracaibo, Isla Trinidad y Guayana.

Fallecimiento en La Guaira

Tiburcio de Redín y Cruzat, el soldado y el marino que cumplió con su deber y tantos premios mereció o el humilde fray Francisco de Pamplona, como se le conoció en su corta vida religiosa, imprevistamente moría en el puerto de La Guaira (Venezuela) el 31 de agosto de 1651, cuando tenía pensado volver a España a reclutar más misioneros para contribuir a la evangelización que llevaban a cabo las misiones venezolanas. Fue enterrado en una iglesia de La Guaira, que ya no existe y actualmente se desconoce el lugar donde descansan sus restos mortales.

Cuadro de Capuchino misionando

Como describía Manuel de Mencos y Manso de Zúñiga, marqués del Amparo, en la biografía sobre D. Tiburcio en 1861:

"Nadie negará tampoco lo extraordinario que es hallar en el mismo hombre al apuesto soldado, audaz, iracundo y altanero, y al humilde, pobre y contrino capuchino".



Verdadero Retrato del Venerable Siervo de Dios Fr. FRANCISCO de PAMPLONA Capuchino. En el siglo D. TIBURCIO de REDÍN.

TIBURCIO DE REDÍN Y CRUZAT

Barón de Bigüézal, Caballero de Santiago, Gobernador General de la Armada, Mariscal de Campo y Religioso lego Capuchino.



Rincón de Mencos 1
31300, Tafalla (Navarra)
info@fundacionmencos.org
www.fundacionmencos.org

Contexto familiar

Nació el 11 de agosto de 1597 en el **Palacio Redín-Cruzat** en la calle Mayor de Pamplona. Fue el menor de los siete hijos de los Barones de Bigüézal, Carlos de Redín e Isabel Cruzat. Sus abuelos paternos fueron: Juan de Redín y María de Redín, y los maternos: Martín Cruzat y Catalina de Esparza.



Palacio de los Redín-Cruzat de Pamplona.

Don Carlos de Redín, barón de Bigüézal y Señor de Redín, nació hacia el 1535 en Pamplona. Desde muy joven ingresó en la carrera militar y sirvió al rey en Flandes y Milán, llegando a participar en 1571 en la memorable **batalla de Lepanto**, bajo las órdenes de Don Juan de Austria. En 1582 casó con Doña Isabel Cruzat, Esparza y Artieda, de cuyo matrimonio nacerían siete hijos a cada cual más ilustre. Doña Isabel era hija de los señores de Oriz y de Esparza del Palacio de Artieda, señora varonil así como piadosa, que supo infundir en sus siete hijos piedad y valor.

Don Carlos disfrutaba, entre otras mercedes, de un acostamiento de 40.000 maravedís. Fue un buen cristiano, súbdito fiel y un buen capitán con sus subordinados. El marqués de Almazán, virrey de Navarra, siempre lo tuvo en gran consideración y fue en quien se apoyó en búsqueda de consejo por su prudencia y talento. Por su señorío de Bigüézal tenía derecho a asistir a las Cortes de Navarra por el Estamento de la Nobleza. El año 1453 el rey otorgó al señor de Redín el título de **Barón de Bigüézal**. El palacio se anotó como remisionado de cuarteles en el rolde del tesorero en 1513.

Al mes de nacer Tiburcio moría su padre; su madre, muy escasa de recursos, tenía que hacer frente a la vida con sus siete hijos, el mayor de los cuales contaba tan sólo con trece años de edad. La baronesa viuda supo desempeñar con firmeza su papel, no habiendo ocasión para blanduras y sensiblerías; los hijos salieron duros, fuertes y obedientes. Ellos mismos afirmarán más tarde que temían más a su madre que a un regimiento de arcabuceros.

De entre sus hermanos podemos destacar a **Juan**, primogénito de los hijos, formado bajo la tutela del obispo de Pamplona. Al morir sus padres, fue nombrado heredero y llamado a Cortes pero, renunciando a sus derechos, tomó el hábito benedictino. Fue Maestro en Filosofía y Teología, profesor en la Universidad de Irache, Abad de Oña y, antes de tomar el puesto de Obispo de Puerto Rico, falleció en el monasterio matritense de San Martín.

El segundo de los hijos llegó a ser el eminentísimo Príncipe Frei **Martín**, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, de la cual

quedó electo Gran Maestre el día 17 de agosto de 1657. Antes había sido Gran Prior de Navarra, Maestre de Campo, General de los ejércitos de Navarra y Cataluña, del Consejo de Guerra de S.M, Gobernador y Capitán General de Galicia, y Virrey y Capitán General de Sicilia, donde se hallaba cuando fue elegido Gran Maestre. Murió en Malta el 5 de febrero de 1660, dejando preclara memoria.

Su tercer hermano fue **Miguel Adriano** quien heredera la baronía y el señorío de Juan, llamado a Cortes en diversas ocasiones. También fue desde joven militar, distinguiéndose en Flandes e Italia y en la conquista de Larache, fue nombrado caballero de Calatrava. Estuvo en las Indias como Maestre de Campo y posteriormente como Capitán de Tierra y Mar, muriendo en un combate en aguas de La Habana.

De las tres hijas de D. Carlos y Doña Isabel dos tomaron el hábito de religiosas, y la otra, llamada Doña **Rosa**, fue la heredera de D. Tiburcio en los bienes y en el título cuando aquel tomó el hábito de capuchino.

Formación militar

Al cumplir los catorce años, ingresaba en los Tercios de Infantería Españoles para combatir en las guerras de Italia, donde se encontraba de Capitán su hermano Miguel Adrián.

Muy pronto dio pruebas de su arrojo y valentía, ofreciéndose a tomar parte en los empeños de mayor riesgo y fue ganando fama de soldado valeroso entre sus compañeros. Pronto lograba el grado de **Alférez**, grado militar que se le concedió para recompensarle sus méritos en el asalto de la fortaleza de San Andrés, en el sitio de Vercelli, donde fue uno de los 20 soldados elegidos para desalojar al enemigo. El audaz ataque tuvo lugar de noche, y D. Tiburcio combatió con su acostumbrado denuedo, no dejando de pelear hasta obtener el triunfo a pesar de haber sido gravemente herido. En diversas ocasiones se distinguió en las empresas que se le encomendaron, hasta que a finales de 1619 regresó a España.

Ascendió D. Tiburcio en sus graduaciones militares y en 1620 ocupaba el puesto de **oficial**, estando al mando de uno de los galeones que hacían la travesía atlántica hacia el Nuevo Mundo (parece ser que era el "*Nuestra Señora de Atocha*"). En 1622 recibe el nombramiento de **Capitán de Tierra y Mar** y se le comisionó para que en el buque "*Espíritu Santo*" fuese a la isla de Margarita y a varios puntos de tierra firme, con el objeto de traer perlas y tesoros a S.M. En este buque pudieron comprobar sus



Cañón del galeón Nuestra Señora de Atocha.



Cruz de Santiago

compañeros el carácter de D. Tiburcio, especialmente a la hora de la siesta, cuando habiendo sido despertado por una disputa en cubierta entre varios soldados, salió furibundo de su camarote puñal en mano y, al verlo, los soldados se arrojaron al mar.

En 1624 fue destinado a Portugal, al mando de una compañía de Piqueros de Infantería, bajo las órdenes del marqués de Hinojosa, con el que ya había combatido en las guerras de Italia.

Después, pasaría a la Armada del Océano, prestando su apoyo y auxilio al almirante D. Antonio de Oquendo, junto con el que sostendría algunos combates navales. En alguno de estos enfrentamientos en 1633 resultó herido en un brazo y en el pecho. Al recuperarse fue llamado a la Corte, donde el rey Felipe IV le recompensó su demostrada valentía, regalándole una cadena de oro. Siguió desempeñando diversos mandos, y en todos dio pruebas de mucho valor y gran aptitud. Su afán era encontrarse en los trances más difíciles, pues parecía que para él no existía lo imposible.

General de la Armada de Cataluña

En 1635 Felipe IV quiso premiar a Redín por sus méritos dándole el cargo de Gobernador de la nueva Armada que se estaba aprestando en la ensenada de Barcelona. Pero esta Armada tardaba en prepararse y D. Tiburcio, que gastaba de poca paciencia, intentó sin éxito entrevistarse con el Conde-Duque de Olivares, primer ministro del Rey.

Cansado D. Tiburcio, esperó un día al paso del coche de caballos del Valido, cerca del Retiro, y, sacando la espada, se arrojó sobre el tiro y cortó los tirantes. Después fue a la portezuela y habló enérgicamente al Conde-Duque. Éste, que conocía el carácter violento de Redín, procuró calmarlo ofreciéndole satisfacer sus deseos.

Tras este incidente, los amigos de Redín le aconsejaron que se ausentara de la Corte, puesto que el Valido del Rey se encontraba muy enojado. Así que se fue a Cádiz y de ahí a Panamá, donde era amigo del Virrey. Hasta Panamá habían llegado las noticias de la peripecia con el Ministro y la orden de arresto del Barón. Pero el Virrey, que era amigo suyo, le confió unos documentos de suma importancia para entregar al Rey, así como el mando del mejor buque de guerra.

Redín vio la buena coyuntura para procurar distinguirse con un brillante hecho de armas de camino a la península y así reconciliarse con el Rey y el Conde-Duque. Clavó los cañones y lastró el buque simulando una pesada carga de oro y plata y se lanzó a la mar. Pronto un barco holandés se dirigió para abordarlo y el de Redín arrió



Conde Duque de Olivares

velas pidiendo cuartel. El capitán enemigo, eufórico por haber logrado tan notable presa, saltó al barco español sin precaución alguna, preguntó por el capitán y le contestaron que se encontraba enfermo. Al entrar a la cámara se encontró a D. Tiburcio quien lo mató de un pistoletazo y, a esa señal, que era la convenida, los españoles comenzaron la refriega con los holandeses, apoderándose de su barco. Los holandeses quisieron cañonearles desde el barco español, pero al haber sido clavados previamente los cañones no pudieron hacerlo, teniendo que rendirse. Arribaron a Cádiz con los dos buques y con los pliegos que traía, entregándose todos al Rey y viendo de esta forma perdonada su ofensa y renovada su amistad tanto con el monarca como con su Valido, de tal suerte que le fue concedido el Generalato de la Flota de Tierra Firme.

Maestre de Campo y Barón de Bigüézal

En 1636 por Real Orden se le nombró el empleo de Mariscal de Campo. Inmediatamente y a las órdenes del marqués de Valparaíso comenzaron la guerra contra Francia.

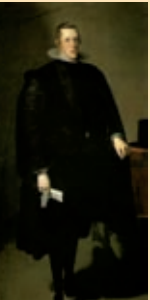
En el año de 1634 había muerto su hermano Miguel Adrián peleando valerosamente en un combate cerca de La Habana. Con su muerte D. Tiburcio heredó sus bienes y la baronía de Bigüézal.

Genio y figura

D. Tiburcio poseía un genio irascible y un carácter exageradamente pundonoroso. En el Nuevo Mundo hizo prodigios de valor y llegó a ser tan formidable su nombre, que las mujeres para atemorizar y hacer callar a los niños les decían "*¡que viene Redín!*".

En Madrid y Sevilla fueron muy numerosos sus ruidosos lances.

Vivió un lance donjuanesco en Sevilla donde una dama a través de una celosía, le dejó entrever una fácil conquista. Redín entró en la casa pero fue sorprendido por los criados que avisaron al marido. Acudió éste rápidamente y se alborotó el vecindario y D. Tiburcio pudo huir no sin pasar desapercibido. Redín juró vengarse y presentándose en Cádiz al Almirante de la Armada Real le solicitó un bajel para cumplir una Orden Real. Ascendió hasta Sevilla y se dispuso a bombardear el barrio entero donde tuvo el desdichado



Felipe IV.



D. Tiburcio, espada en mano en el escenario. Imagen de Zaragoza.